

Antonio Cisneros

MARINA

Un guardacaballo gigantesco se posa sobre el techo de mi casa.  
Sombra contra la luz y los cangrejos calientes del cantil.  
La frontera.

Más allá sólo existen la China y el Japón (suelo decir) aunque en  
verdad primero están los montes de coral. Y antes todavía

una recua de islas verdinegras tan viejas y anodinas como esta  
misma orilla. Finisterre.

Las lizas argentadas y las lornas remontan las corrientes del  
desagüe. Y los pubis son agrios bajo el peso de las moscas  
zumbonas.

Banda del mar Pacífico que ninguno codicia. Una casa rosada, sus  
florones de yeso y un reloj.

Aquí estoy. En el límite exacto de la tierra. Las ratas del cantil  
y estas acacias abiertas por la sal.

Los cirros y los cúmulos rellenos vienen de Pacasmayo y se  
detienen en el aire del sur.

Vuela el guardacaballo sobre las olas. Se disuelve el paisaje y los  
navíos evitan esta costa imaginaria.

Nada resta. Ni siquiera la tristeza de habitar en una piedra pómez  
infinita, pastada por ovejas moribundas bajo el último sol.

## NOCTURNO

Vivo en una casa protegido  
por mujeres pequeñas, alegres y benignas.

Fuera de eso, el aire es áspero y azul  
(y malo para el asma).

Un abra entre las nubes y la tráquea  
atrás del horizonte.

Inmóvil dentro y fuera del pulmón,  
compacto y plano.

Las hormigas pululan a la luz de la luna  
y sin destino.

Las aguas se retiran y nos privan  
de todas las especies comestibles.

No tardes, Nora Elvira, amada y lenta.  
Lenta mía y bucólica no tienes

ni siquiera la excusa  
de algún verde pasado rural.



## REQUIEM (2)

*Im. Hans Stephan*

No el muro lateral ni el cielo blanco,  
los gorgojos al fondo  
y la ruda tan densa. No al final  
de todas las visiones.  
No el gajo de limón en los pantanos  
o el tufo del carburo.  
No el fofo bamboleo del mosquito  
donde empieza la selva  
y la gran confusión.  
Más bien el rostro amado,  
esos poros pequeños, piel de playa  
y brillos de salmuera en el poniente.  
Un aire muy ligero, sin frituras,  
la cama bien tendida,  
las rodillas holgadas,  
la manta leve y fresca.  
Las uñas cortas de la mano amada  
sobre el lomo en pavor de los rebaños.  
Kyrie eleison  
Christie eleison  
Kyrie eleison.  
Un ciervo azul y calmo como el hielo  
sea certeza de la resurrección.

## TWO AMERICAN POEMS

### AUSTIN EN LA CANICULA

Entonces el calor  
no tenía que ver  
con el calor ingenuo  
de la ropa sudada  
o los labios partidos.  
La hélice de sauce  
que giraba en el techo  
nada podía  
contra el aire amontonado  
como un torreón de adobes.  
El cielo rojo hasta la medianoche  
y mecedoras  
en la veranda azul  
de Jane y Larry  
cuarentones  
y una hierba superior  
de Matamoros.  
Aquí terminan  
las casas de madera  
y empieza la foresta  
interminable.  
Me ardían las orejas  
por entonces.  
Todo temblaba bajo el estruendo  
de millones de ardillas  
correteando nerviosas  
a los grillos  
y los escarabajos.  
Inmóviles de golpe  
en los nogales,  
ocultas, al acecho.  
Tensas como una piel  
curtida por la sal, crueles  
como el amor.

## COLINAS DE BERKELEY (1979)

Fue una tardecita enrojecida  
con olores a pizza.  
El sol aún, la luna todavía  
entre los pinos.  
Y allí estaba,  
junto a las latas de basura  
en el jardín. Un mapache  
de color terracota.  
Me miró burlón y sin apremio,  
seleccionó su presa y se perdió  
otra vez en el bosque.  
Quizás no fue gran cosa,  
pero allí estuvo  
con su parsimonia  
y la piel brillante.  
Mi casa en las colinas  
de Berkeley (lecherías).  
Verdad que los vecinos  
habían visto  
en antiguos veranos orgullosos  
no sólo ese mapache,  
sino muchos coyotes y zorros  
y ciervos (incluyendo  
un ciervo imperial)  
y los osos mayores.  
A mí me bastó con el mapache.  
Además, solía regodearme  
con un vino rosado portugués  
muy seco y saludable.



